

La «porción de Dios» en la familia cristiana

Extractos del discurso de Su Santidad Pío XII a los recién casados, el 25 de marzo de 1942.

En el hermoso libro de Tobías, inspirado por Dios para enseñar a los hombres las virtudes de la vida doméstica, se cuenta que un día de fiesta, habiéndose preparado en casa un gran convite, le dijo Tobías a su hijo: *«Anda y trae a alguno de nuestra tribu, temeroso de Dios, para que coma con nosotros»* (Tob. 2 2). Y en otros tiempos fue costumbre piadosa y amable de muchas familias cristianas, especialmente en el campo, reservar en las fiestas solemnes una parte de la comida para el pobre que la Providencia enviara, llamado así a compartir la alegría común. Es lo que en algunos sitios se solía llamar *«la porción de Dios»*.

1º «La porción de Dios» son las vocaciones que el Señor pide a las familias.

Amados recién casados, una porción semejante podría venir el Señor a pedir un día a vuestro hogar, cuando vuestra mesa se alegre con las florecientes joyas de vuestros hijos o de vuestras hijas, animados por secretos pensamientos y afectos. Jesús, que ha bendecido vuestra unión y hará crecer al pie de vuestro olivo los alegres brotes de vuestras esperanzas, pasará acaso en aquella hora que El solo sabe, para llamar a la puerta de alguna de vuestras casas, como un día, a orillas del lago de Tiberíades, llamaba a los dos hijos del Zedebeo para que le siguiesen, o como en Betania dejaba a Marta entre las faenas domésticas y acogía a María a sus pies para que oyese y gustase aquella palabra que el mundo ignora. El es quien dijo a los Apóstoles: *«La mies es mucha, pero los obreros son pocos. Rogad al Señor de la mies para que envíe obreros a su mies»* (Mt. 9 37-38). El, el Redentor, cuyas miradas contemplan el inmenso campo de las almas redimidas con su sangre, no deja de pasar a través del mundo, ante las puertas de las cabañas y de las ciudades, y se vuelve hacia los que ha elegido, repitiéndoles, con las secretas inspiraciones de su gracia, el *«Ven y sígueme»* del Evangelio (Mt. 19 21), llamándoles unas veces a roturar y trabajar tierras todavía no ocupadas, y otras a recoger el grano que ya amarillea.

Amados hijos e hijas, vosotros sabéis que el campo de Cristo, que es su viña, esta Iglesia universal en el tiempo y en el espacio, que «desde el justo Abel hasta el último elegido del fin del mundo, produce a manera de vid tantos sarmientos cuantos santos engendra», como dice San Gregorio Magno, es también el campo de Nuestra solicitud como Vicario de Cristo, y por lo tanto el objeto de Nuestro amor, de Nuestro dolor, de Nuestro celo y de Nuestra plegaria. Sentimos el ímpetu de «la caridad de Cristo» que «nos urge» (II Cor. 5 14)... Pues bien, una de las grandes tristezas que invade entonces Nuestro corazón es saber lo insuficiente que es el número de los obreros que Nuestro deseo puede enviar para ayudarles. ¿Quién sabe si la salvación de alguno de los predestinados, perdido por ahora entre el pueblo cristiano o errante por las regiones infieles, no dependerá, en los designios divinos, de la palabra o del ministerio de uno de los hijos que el Señor os querrá conceder?

2º Generosidad con que las familias deben ofrecer a Cristo y a la Iglesia esta «porción de Dios».

Pensad, amados hijos e hijas, que de la familia fundada según Dios por la legítima unión del hombre y de la mujer, Cristo y la Iglesia universal sacan sus ministros y los Apóstoles del Evangelio, los sacerdotes y los heraldos que apacientan al pueblo cristiano... ¿Qué haríais vosotros si el Maestro Divino viniese a pedirnos «la porción de Dios», es decir, uno u otro de los hijos o hijas que se digna concederos, para formar su sacerdote, su religioso, su religiosa? ¿Qué responderíais cuando, recibiendo sus confidencias filiales, os manifestasen las santas aspiraciones, despertadas en su alma por la voz de Aquel que amorosamente les murmura: «*Si quieres...*»? En nombre de Dios os lo pedimos: no cerréis entonces en un alma, con gesto brutal y egoísta, la puerta y el oído al divino llamamiento. Vosotros no conocéis las auroras y los ocasos del sol divino sobre el lago de un corazón joven, sus afanes y alientos, sus deseos y esperanzas, su llama y sus cenizas. El corazón tiene abismos inescrutables también para un padre y una madre; pero «*el Espíritu Santo, que sostiene nuestra debilidad, pide por nosotros con gemidos inenarrables, y Aquel que escruta los corazones conoce lo que desea el Espíritu Santo*» (Rom. 8 26-27).

Sin duda alguna, frente a un deseo de vida sacerdotal o religiosa, los padres tienen el derecho —y en ciertos casos el deber— de asegurarse de que no se trata de un simple impulso de imaginación o de sentimiento que anhela un hermoso sueño fuera de casa, sino una deliberación seria, ponderada, sobrenatural, examinada y aprobada por un sabio y prudente confesor o director espiritual. Pero si a la realización de tal deseo se quisiesen imponer retrasos arbitrarios, injustificados, irracionales, sería luchar contra los designios de Dios; y peor aún si se tratase de tentar, probar o experimentar su solidez o firmeza con pruebas inútiles, peligrosas, atrevidas, que harían correr el riesgo, no solo de desanimar una vocación, sino aun de poner en peligro la misma salud del alma.

Como verdaderos cristianos, que sienten en sí la grandeza y la elevación de la fe en el gobierno divino de la Iglesia y de la familia, si Dios os hiciese un día el honor de pedir uno de vuestros hijos o de vuestras hijas para su servicio, sabed

apreciar el valor y el privilegio de una gracia tan grande, tanto para el hijo o la hija escogidos, como para vosotros y toda vuestra familia. Es un gran don del cielo que se os mete en casa; es una flor, crecida de vuestra sangre, regada con el rocío celeste, olorosa con perfume virginal, que ofrecéis al altar en obsequio del Señor, para que allí viva una vida consagrada a El y a las almas; vida con la que ninguna otra puede compararse, la más hermosa y bella que se puede vivir acá abajo; vida que aun para vosotros y para los vuestros es una fuente de bendiciones.

No parece ver a ese hijo o a esa hija, entregados al Señor por vosotros, postrarse en su presencia e invocar sobre vosotros la abundancia de los favores celestiales como compensación al sacrificio que se ha pedido a vuestro amor. ¡Qué votos, qué oraciones ofrecerán por vosotros, por sus hermanos, por sus hermanas! ¡Qué plegarias acompañarán todos los días vuestros pasos, vuestras acciones y vuestras necesidades! En las horas difíciles y tristes serán más ardientes y frecuentes; y en todo el curso de vuestra vida os seguirán hasta el último suspiro, y aún más allá de vuestra muerte.

No creáis que estos corazones, entregados enteramente al Señor y a su servicio, deban amaros con un amor menos fuerte o menos tierno; el amor de Dios no niega ni destruye la naturaleza, sino que la perfecciona y exalta en una esfera superior, en donde la caridad de Cristo y el sentimiento humano se encuentran, en donde la caridad santifica al sentimiento y juntos se unen y abrazan. Y si la dignidad y austeridad de la vida sacerdotal y religiosa exigen alguna renuncia en las manifestaciones del afecto filial, no lo dudéis: este mismo afecto no disminuirá ni se entibiará, sino que será más libre de todo egoísmo y de toda división humana, porque sólo Dios comparará con vosotros aquellos corazones.

Elevaos en el amor de Dios y en el verdadero espíritu de fe, amados esposos, y no temáis el don de una santa vocación que desciende del cielo en medio de vuestros hijos. Para quien cree y se eleva en la caridad, para quien entra en un sagrado templo o en un retiro religioso, ¿acaso no es un consuelo, un honor, una felicidad ver en el altar al propio hijo que, vestido con los ornamentos sacerdotales, ofrece el incruento sacrificio y se acuerda de su padre y de su madre? ¿No es acaso una consolación, que hace vibrar con íntimos latidos el seno maternal, ver a una hija ser la esposa de Cristo, que le sirve, que le ama en los tugurios de los pobres, en los hospitales, en los asilos, en las escuelas, en las misiones, y aun en los campos de batalla, en los refugios de los heridos y de los moribundos? Dad gloria a Dios y agradecedle que de vuestra sangre escoja sus héroes predilectos y heroínas para servirle; y no seáis menos que muchos padres cristianos, que piden a Dios que se digne tomar su porción en la bella corona de su hogar, prontos a ofrecer incluso el retoño único de sus esperanzas.

3º Elevación de miras con que debe considerarse el don de una vocación en la familia.

Pero vuestra plegaria de padres cristianos debe ser movida y dirigida por los altos pensamientos del Espíritu Divino. En otros tiempos, o acaso allí donde las

condiciones del clero son menos inciertas, donde la vida sacerdotal o religiosa puede aparecer todavía a los ojos profanos como una profesión deseable, como una promoción, puede suceder que algunos padres la deseen por motivos más o menos humanos e interesados: mejorar o elevar el estado de la familia gracias a la influencia y a las ventajas de un hijo sacerdote; esperanza de encontrar a su lado, en favor de sí mismos, después de una vida laboriosa, un reposo tranquilo en la edad senil...

Sursum corda... Más arriba ha de elevarse vuestro espíritu y la intención de vuestra alma... Lo que sobre todo ha de excitar vuestra santa ambición de tan bella vocación para alguno de vuestros hijos, debe ser el pensamiento de los abundantísimos bienes espirituales que Dios dispensa por la Iglesia a sus sacerdotes y a sus religiosos, y, a través de ellos, a las almas.

Vivís en un país de vieja fe católica, en donde el celo de los ministros de Dios vela sobre vosotros y os conforta en los trabajos y en las penas, en donde las iglesias y oratorios os ofrecen, para vuestra piedad y devoción, todos los socorros que para bien de vuestras almas la solicitud maternal de la Iglesia multiplica en todas las circunstancias, alegres o tristes, de la vida. ¡Qué solicitud tiene por vosotros, por vuestros hijos, por vuestra felicidad, el piadoso sacerdote que os visita y está al cuidado de todos los que se le han confiado! ¿De qué familia ha salido aquel sacerdote? ¿Quién le envía? ¿Quién le ha infundido para con vosotros el amor paternal, la palabra y el consejo amistoso? Le envía la Iglesia, le manda Cristo.

¿Y serán solamente los otros, dando a Dios sus hijos y sus hijas, los que han de procurar y asegurar la continua recepción de tan grande abundancia de bienes espirituales? ¿Dónde quedaría la altura de vuestro sentido cristiano, si quisierais excusaros del honor de concurrir, cooperar y ayudar también vosotros, no sólo con las ofrendas materiales, sino también con el don más precioso de los hijos que Dios os pidiese, a la exaltación y a la propagación de la fe y de la Iglesia católica, en una palabra, al cumplimiento de su divina misión en el mundo, en favor de las almas de vuestros hermanos?

Ayudad a la Esposa de Cristo, amados esposos, ayudad a Cristo, Salvador de los hombres, aun con los hijos de vuestra sangre; ayudadnos a Nos, indigno Vicario suyo, pero que llevamos en el corazón a todos los hombres como hijos Nuestros...

No os resulte, pues, inoportuno, amados esposos, si a la bendición apostólica que os damos, con toda la afección de nuestro corazón de Padre, para vosotros y para los hijos que vengan a rodearos, añadimos la plegaria de que el Divino Maestro os conceda el honor y la gracia de escoger entre ellos, si así le agrada, «su porción», y os dé a vosotros fe y amor para no negársela, sino para darle gracias, no sólo como del mejor de sus beneficios, sino también como de la señal más segura de su predilección hacia vosotros y del premio que os prepara en el cielo.